UC Santa Barbara

Journal of Transnational American Studies

Title

Mujer de la Cabellera Roja

Permalink

https://escholarship.org/uc/item/9q20d24w

Journal

Journal of Transnational American Studies, 16(2)

Author

del Toro, Ester

Publication Date

2025-11-22

DOI

10.5070/T8.54061

Copyright Information

This work is made available under the terms of a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives License, available at https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

eScholarship.org Powered by the California Digital Library
University of California

La Mujer de la Cabellera Roja

ESTER DEL TORO
Gráfico (New York)
September 14, 1929

"Pero, ¿no la conoce?" — dijo René.

"No ha sido esa mi dicha", contestó Guillermo del Moral a su interlocutor.

"Pues, a propósito, Guillermo, mañana en casa del señor Ianis Nicholaides hay un concierto. Ella va a cantar. Se la presentaré."

"Muchísimas gracias, estaré allí sin falta."

René Latoni y Guillermo del Moral tomaban el fresco en la terraza del Condado Vanderbilt. Eran las cuatro de la tarde, hora pesada, de cielo grispálido con viso azulado y estrías blancas; un cielo quieto como un lago helado al invierno extender hacia él sus manos polares, un cielo como una mente donde no hay ideas.

En esto se acercaron bulliciosas tres lindas damas.

René hizo la presentación, después del "Buenas tardes, caballeros" de Teresita Dickle.

"Nuestra Teresita, poetisa ya consagrada por el divino laurel, Leonor Granados, muchacha de vastísima cultura y la más vivaracha de todas nuestras damitas, Estebanía Ponce, don Guillermo del Moral, Buenos Aires."

Hechas las presentaciones, se sentaron todos y comenzó la charla.

"René", dice Leonor, "fíjese en esa bandada de pájaros que cruza el parque; no son solemnes como los pájaros sagrados del atardecer; son casquivanos como mujer que en vez de cabeza tiene una pluma anatídea."

"Señorita", dijo Guillermo, "como usted se dedica al trabajo serio de la mente y del espíritu, es muy dura con sus hermanas, las de las jaulas doradas."

Estebanía Ponce, que sólo pensaba en bailar y coquetear, una cabecita sin seso pero adorable, daba a Guillermo, que era todo un apuesto mozo, miradas tiernas.

"René, ¿lleva a del Moral al concierto mañana? — inquirió Teresita.

"Ya lo creo que sí. Seremos los primeros en llegar."

"Dicen", agregó Estebanía, "que doña Adriana Graxirene de Plaja cantará trozos de Tristán e Isolde."

"Pues me felicito doblemente", dijo Guillermo; "sabía que la señora de Plaja era un portento de belleza pero ahora veo que también es una artista."

"Y de corazón, del Moral", siguió diciendo Teresita. "Su arte es sereno armónico, puro como las aguas de los canales de Venecia que muestran los tesoros allí volcados. Es una mujer sin rival, Guillermo."

"Cuando una mujer de su sensibilidad exquisita, una poetisa de rimas tan sonoras, ligeras y multicolores como las mariposas, me habla así de otra mujer, siento admiración por la que habla y respeto por la ausente."

"Sí"— prosiguió Teresita, —"esa mujer lleva su virtud lírica a un entusiasmo tan grande que podríamos decir que ella como dijo Jean Aicard:

Un murmure, un rayon, voila ce qui le charme,
un ombre le met en pleurs …

"Vámonos, Teresita", dijo Leonor, "tenemos que visitar todavía a don Eugenio."

"Adío René, adiós del Moral, no dejen de pasar por casa el sábado", invitó Estebanía.

"Gracias, mil, divina Estebanía, allí estaremos puntualmente", dijo Guillermo sonriendo y levantando su castora.

Los dos amigos se quedaron solos. No hablaron una palabra. Miraban el mar; fumaban; el humo de sus cigarrillos tomaba fantásticas formas; el ambiente estaba quieto; una quietud sin misterio, acongojante. Era una hora fea. La visión la enfocaba sin soñar. Las copas glaucas de las palmas se agitaban convulsivas como riendo del hastío del momento. El color de los ruidos era pálido, sin intensidad no vibración; la musicalidad del momento carecía de alma. Era la música que no hace latir los corazones ni enloquecer la sangre; la música rítmica del atambor, seca como un franciscano, vaga como libélula que a la hora vesperal no muestra sus vivos colores; momento sin dignidad como los huesos pelados de los muertos pobres que son echados al potro. Los jardines estaban lánguidos. Su desnudez no irradiaba tanta luz; el perfume de las flores era menos enervante. Las abejas fecundantes la siesta dormían.

***

El salón lucia regio. Allí se convocaba toda la intelectualidad y el arte. Ianis Nicholaides, soberbio escritor griego, admiradísimo de toda la "elite" mental de la Isla, reunía en su palacio del Condado un grupo escogido de damas y caballeros.

Cuando hizo su entrada Guillermo del Moral era ya tarde. Una mujer estaba sentada al piano. Sus dedos ahusados acariciaban las teclas que no eran más blancas

que ellos. Era de una blancura que irradiaba, que competía con la luz. Vestía un peplo rojo con un corindón regio sobre el hombro derecho. Sus brazos venustos y la espalda estaban al descubierto. La carne era suave como los pétalos del lirio de Florencia. Cantaba en ese momento la divina ópera de Wagner, Tristán e Isolde. Aquella voz, aquella garganta lírica, expresaban la más fiera alegría y la pena más profunda a la par que voz humana haya expresado nunca. El silencio se había adueñado del salón. Teresita Dickle dejaba las lágrimas correr por sus mejillas tersas y blancas. Nicholaides, miraba sin ver toda su alma puesta en la voz de aquella mujer. Las melodías emergían de aquella garganta que era una lira, como de las profundidades sinfónicas de una orquesta. Se interrumpía la voz, seguía, las notas como que se derretían en una sol, grandiosa, vasta como una catedral. Parecía que pasaba un soplo de inquietud por la música del Maestro en ese instante; la garganta hacía un esfuerzo sobrehumano por llegar a lo inaccesible. Las progresiones cromáticas se seguían sin piedad, impetuosas como el aluvión; era la locura tratando de alcanzar la felicidad soñada, que se reía del esfuerzo, sin dejarse atrapar. La lucha era intensa. Una sucesión de notas sincopadas expresaban la tortura del deseo de poseer la felicidad. Aquella mujer parecía una poseída. Guillermo, de pié dominaba a la pianista y a la diva; estaba fascinado. El alma de Isolde encarnaba en doña Adriana; el alma desesperada de la amante de Tristán bajo los efectos del filtro mágico, suspiraba, anhelaba aquel amor que cantaba Jacopone de Todi. La felicidad llegaba cerca pero como espejismo fatal, se alejaba. Con persistencia cruel la garganta de la mujer modulaba hasta llegar a la cumbre de las armonías. Cesó la voz.

¡Silencio! Era la corona de gloria para doña Ariana. Un aplauso hubiese sido funesto a aquel momento. ¡El alma de la música había sido hecha prisionera!

No se movió la dama. Notó Guillermo entonces aquello de que toda la sociedad se hacía eco, **una mata de pelo rojo,** con los matices del Ticiano y los cambiantes tonos de la piel del Ieón.

Aquella cabellera estaba suelta. Llegaba hasta las rodillas. La cabellera dorada de Freya. Al fin, se alzó enhiesta. Era ata, "svelte", semejaba a la Athene Parthenos, mayestática, el rostro de expresión delicada y joven. Posó su mirada de síbila en sus oyentes. La expresión de Teresita era de éxtasis; su esposo, Ernesto Plaja, irradiaba la calma alegre del triunfo de su esposa; Adrián Tornabells, su íntimo amigo, de porte distinguido, estaba lleno de la más pura alegría. Al fin salió la reunión de la fascinación que había ejercido la voz privilegiada de doña Adriana. Las damas se le acercaron y los caballeros también. La vivaz Estebanía la estrechó llorando a lágrima viva. Teresita tenía la garganta anudada y por primera vez en su vida no tuvo expresión. Don Ernesto besó a hurtadillas la soberbia y adorada mata de pelo. Sólo Teresita lo vió hacer esto y sonrió simpática.

La señora de Nicholaides se acercó. "Doña Adriana, no tengo palabras, gracias amiga mía", dijo toda monmovida.

"¡Qué pelo tan bello, doña Adriana, es pura seda! ¡Qué matíz rojo tan primoroso! Quisiera tener el pelo así", decía Estebanía, pasando su mano por las crinejas de oro.

"¡Hija mía, no sabes lo que deseas; me causa tantas jaquecas este pelo que tan cándida admiras!"

"¿Y por qué no se lo corta, doña Adriana?"—dijo la impetuosa Estebanía.

"Porque mi esposo lo adora." Los ojos de Teresita brillaron con más luz. Ella lo sabía.

***

Florinda Suau había nacido aldeana. Era tan bella que en un momento de embriaguez pasional Ernesto Plaja la hizo suya bajo la ceiba de su quinta "Adriana." No se pudo perdonar nunca haber robado a la pobre aldeanita su única belleza en tan temprana edad, en sus divinos quince abriles. Así, dió a Florinda una cultura exquisita que la muchacha agradeció. Vivía como una reina; don Ernesto quedaba encantado con los progresos culturales de Florinda cuando la veía que eran muy pocas las veces. La quería como una hija.

Un día la vió Adrián Tornabells, el amigo íntimo de Ernesto. Los ojos se le fueron detrás de aquella Antígone, altiva como Minerva, bella como Helena, culta como Cleopatra.

Se conocieron, se amaron; se incubó la tragedia. Cuando Adrián supo que era don Ernesto el culpable de la caída de Florinda, sintió que los ojos se le inyectaban de sangre. Engañar a dos mujeres tan mujeres. ¡Se volvió loco!

***

En el hotel Condado-Vanderbilt, en la terraza, Ernesto Plaja conversaba con Nicholaides, del Moral, Latoni; también estaba Teresita con su madre. Adrián Tornabells se les acercó. Todos tuvieron una sonrisa amable para él.

"Tengo que hablarte, Ernesto. Con el permiso …" Se retiraron un poco.

"¿Qué te pasa, estás desencajado, pálido como la muerte?"

"¿Qué hiciste de Florinda, qué vas a hacer de Adriana? ¡Infame, cobarde, muere!"

Se oyó una detonación. Cuando llegaron los amigos, Ernesto había muerto. Adrián con el revólver todavía humeante en la mano, parecía un demente. Sus ojos agrandados le daban el aspecto siniestro de un loco … Comenzó a reír, rió … rió … en el manicomio murió tres días después todavía riendo.

Doña Adriana quedó viuda. Desolada preguntaba la causa del asesinato de Pílades por Orestes.

"Hija mía", le rogaba llorosa doña Leila de Graxirene, "¿a qué insistir?"

"Pero mamá, ¿no ves que tengo que perdonar la memoria de Adrián y no puedo? ¿Qué razón tan poderosa lo impelió? Enloquezco, mamá, tengo que saber la causa … ah, ¡qué angustia!"

Estebanía vino a ver a doña Adriana dos meses después de la conmovedora tragedia de la muerte de los dos amigos.

"¡Qué pena, doña Adriana, pensar que don Ernesto fuese capaz de engañar a dos mujeres!", dijo la imprudente.

Doña Adriana palideció. Se llevó las manos liliales, de dedos afilados al corazón para sofocar sus latidos.

"Hizo muy mal don Ernesto; Florinda Suau y usted. ¡Imposible…! Usted tan noble, tan enamorada de él, tan ciega en su fe en él …"

Doña Adriana dió un grito. Estebanía toda asustada corrió hacia ella. La infeliz hacía esfuerzos horribles por matar su agitación.

"Nada, me he pinchado con un alfiler." Trató de sonreír, sonrisa que terminó en rictus amargo.

Al otro día apareció doña Adriana en público sin luto. **Su cabellera roja que él tanto amó y que ella llevaba a pesar de las frecuentes migrañas, desapareció con la pérdida de su fe.**

Llevaba el pelo a la "garçon."

Notes

The short story "La Mujer de la Cabellera Roja," by Ester del Toro, appeared in *Gráfico* on September 14, 1929, pages 9 and 17.